

## LA LAVADORA QUE NO SOLO LAVABA

No es fácil ser una lavadora.

La gente piensa que sí, que tengo una vida muy sencilla, y me envidian.

Creen que sólo trabajo un par de horas a la semana. Que mi dueña, María, los sábados me introduce toda la ropa sucia, el jabón de lavar y el suavizante, le da a un botón y yo sólo tengo que hacer la mezcla y *ta chán*... ropa limpia otra vez.

Por no hablar de que sólo valgo quinientos cincuenta euros... Cualquiera puede tener una lavadora como yo en su poder; medio sueldo y ya está, tendrás un dueño que hará contigo lo que quiera. Con lo bien que estaba yo en la tienda, junto a todas mis compañeras y hermanas lavadoras...

Y si me pongo enferma y se me rompe algo, es mejor tirarme al contenedor y comprar una nueva. Para qué pagar a un técnico, si cuesta más el desplazamiento que una de nosotras mucho más joven, enérgica y dispuesta a lavar y lavar durante años.

Desde luego, me he dado cuenta que mi trabajo no está nada valorado. Cuando Jaime llega a su trabajo en el bufete de abogados, y luce su camisa azul impecable, limpiita, sin rastro de tinta ni restos de mahonesa, jamás piensa en mí. Y cuando Daniel, el hijo de María y Jaime, va a jugar al fútbol con sus amigos, tampoco se da cuenta de que ya no hay restos de barro en sus pantalones. Ni jamás me ha dado las gracias por salvar ese billete de veinte euros que le dio su abuelo y se dejó olvidado en el bolsillo. Tuve que hacer grandes esfuerzos por lavar todas las manchas sin destrozarse el billete.

Y lo peor de todo no es que no me valoren, sino que cuando Jaime llega enfadado a casa porque ha tenido un duro día de trabajo, a veces tira las carpetas contra el sofá, me da una patada y maldice a sus clientes. Como si yo tuviera la culpa... Hoy ha sido uno de esos días. Con lo guapo que iba con ese jersey que lavé para él con cuidado y esmero, ya que sabía que era un día importante.

Lo de María es ya otra historia. Sufro junto a ella. Muchos días llega agotada del trabajo, pero se da una ducha y comienza a preparar una cena de primer plato, segundo, postre y un buen vino. Todo por poder sentarse junto a su marido, compartir con él las anécdotas del día y disfrutar de un delicioso tiempo para ellos dos y unos platos preparados con todo el amor del mundo. El jueves fue una ensalada de queso de cabra y una lubina al horno. El postre, lo compró preparado porque salió tarde del trabajo y no le iba a dar tiempo.

Acabó todo en la basura. Jaime llamó por teléfono; tenía mucho trabajo. Cenaría un sándwich de chaca. Otra mancha de mahonesa en la camisa para limpiar.

Y otra vez María llorando, mirándome, y yo sin poder hacer ni decirle nada; sólo lavar los pañuelos llenos de lágrimas.

A veces Jaime incluso le dice a María que él gana más dinero que ella, y que trabaja tanto para poder darles una buena vida. Lo que no sabe es que Daniel prefiere pasar más tiempo con su padre que tener toda una colección de videojuegos para jugar sólo. Tampoco se ha dado cuenta de que a María le han subido el sueldo y gana más que él, ni de cuánto la quieren y admiran en su trabajo.

Por supuesto, a Julián le gusta llegar a casa y que no haya polvo, que su ropa esté planchada, la cocina impecable, y que su mujer ya haya ayudado a Daniel a hacer los deberes. Pero jamás le dirá a María lo agradecido que está.

Deberían aprender de mi marido, el lavavajillas, y yo. Él lava los platos y los cubiertos, y yo la ropa. Jamás nos sentimos más el uno que el otro. Somos un equipo perfecto, diferentes pero complementarios, y nos respetamos y admiramos mutuamente. Nadie de la casa se ha dado cuenta, pero yo sé que los arañazos de su interior los provocó el perro, un día que lo dejaron abierto y había restos de comida dentro. Y él sabe lo mal que lo pasé cuando destrocé el jersey favorito de María. Sé qué noche pasó, sin dormir, la noche que vino a cenar el jefe de Jaime y había una mancha en su plato. Y él sabe a qué patada corresponde cada una de mis abolladuras. Todo esto nos hace diferentes, especiales, únicos, y por eso nos queremos y valoramos tanto el uno al otro. Tal como somos, y tal y como ha nos ha ido haciendo nuestra vida.

Jaime no sabe porqué le ha salido una arruga nueva a María, ni que ayer fue a hablar con el profesor de Daniel porque tiene dificultades en algunas asignaturas. No sabe que su mujer duerme mal desde hace unos meses, aunque termine el día completamente agotada, ni quién habrá limpiado y ordenado sus armarios.

Habría que comenzar a cambiar las cosas, porque no lo están haciendo bien.

Pero qué voy a saber yo. Al fin y al cabo sólo soy una lavadora.

Selene